

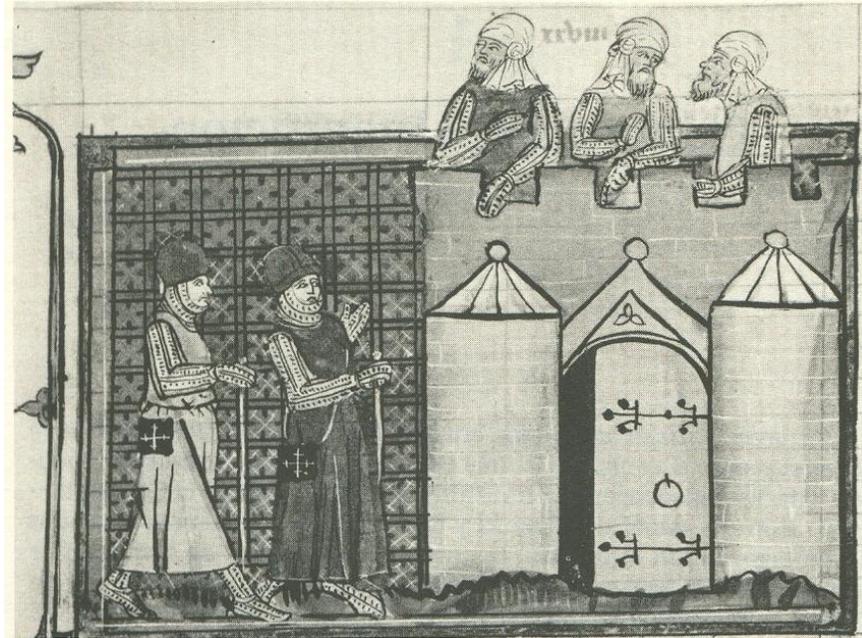
Los Secretos de la Inquisición

1

Génesis de la Inquisición

La convocatoria de la primera cruzada por el papa Urbano II en 1096 cabe verla como el comienzo de una época de guerras, cambios económicos y cataclismos sociales que transformaron radicalmente la Europa medieval. Entre la mitad del siglo XI y la partida de los ejércitos cruzados que protagonizaron el intento, tanto tiempo esperado, de reconquistar Jerusalén, la perspectiva para la Europa occidental había cambiado en casi todos los aspectos concebibles. R. W. Southern ha resumido del modo siguiente las transformaciones esenciales: «El gobernante secular había sido degradado de su posición de esplendor casi sacerdotal, el papa había asumido un nuevo poder de intervención y dirección tanto en los asuntos espirituales como en los seculares, la regla benedictina había perdido su monopolio en la vida religiosa, el derecho y la teología habían recibido un impulso totalmente nuevo y se habían dado varios pasos importantes hacia la comprensión, e incluso el control, del mundo material.»

Esta transformación fue el resultado de un súbito aceleramiento de la tasa de desarrollo económico, que recibió un nuevo impulso cuando la creación del Reino Latino de Jerusalén hizo que una sociedad feudal y cerrada se abriera a nuevas rutas comerciales. Pero estas rutas sirvieron también para forjar un vínculo directo con la herejía oriental: las ideas fluyeron junto con las mercancías y llevaron a la espectacular proliferación de movimientos heréticos, que fue uno de los rasgos más distintivos de la Europa del siglo XII.² El diluvio de herejías que empezó alrededor del 1150 obligó al papado a inventar una respuesta protectora y un medio de represión. Así, hacia las postrimerías del citado siglo, la Iglesia introdujo una serie de medidas provisionales que culminarían con la fundación del tribunal eclesiástico conocido por el nombre de la Inquisición.



Escena de la primera cruzada, en 1097. La predicación de la primera cruzada abrió las puertas de Oriente a la sociedad medieval europea y significó un cambio profundo y a largo plazo en el desarrollo histórico de Europa. Las principales herejías y víctimas del Santo Oficio (cataros, templarios, disidentes, magos, etc.) deben mucho a este primer contacto con el Próximo Oriente.

Los antecedentes de la herejía

Estas herejías arraigaron rápidamente en un terreno fértil que había sido preparado, al menos en parte, por la laxitud moral y la corrupción del clero, cuyo comportamiento no era un modelo válido para un laicado que buscaba una guía moral y espiritual en un período de cambio tan tumultuoso. El Concilio de Evreux (1195) menciona que el clero vendía indulgencias y que los obispos vendían los óleos santos y las reliquias; el Concilio de Aviñón (1209) cita el ejemplo de un sacerdote que se jugaba las penitencias a los dados, y de otros que abrían tabernas utilizando el alzacuello como muestra del establecimiento; el Concilio de París (1209) prohibió a los fieles asistir a misas celebradas por sacerdotes casados y concubenarios, y también habla de monjas que organizaban fiestas y erraban de noche por las calles. La caza, el juego y la bebida eran muy comunes, de la misma manera que miembros de las órdenes religiosas, tanto masculinas como femeninas, tomaban amantes, como dieron a entender los cánones del cuarto Concilio de Letrán al castigar severamente estas costumbres. Se creía que el contacto con Oriente había introducido el hábito de tomar concubinas entre la nobleza francesa, y se consideraba que lujos tales como los perfumes, la seda, el marfil y los ornamentos de oro o de plata fomentaban la codicia y la inmoralidad. Aunque la Iglesia juzgaba que la poesía amorosa de los trovadores era decadente, y que la tradición del amor cortesano era una forma de paganismo licencioso, difícilmente puede decirse que la conducta de su propio clero fuese mejor. En su alocución inaugural al cuarto Concilio de Letrán, Inocencio III afirmó que la corrupción del pueblo tenía su origen en la del clero.

Sin embargo, la palabra «herejía» se emplea de un modo más o menos libre para referirse a una amplia variedad de fenómenos. Algunos movimientos llamados heréticos no eran más que expresiones de disgusto ante los excesos del clero y la riqueza de la Iglesia, al mismo tiempo que

«la sociedad feudal de la Europa cristiana chocó con grupos sociales a los que no podía asimilar y consideró como "herejía", al principio, la defensa que de su propia identidad hacían tales grupos». La Inquisición nació para erradicar herejías mucho más serias que éstas: grupos de personas claramente definidos y organizados, que propagaban ideas que constituían algo más que la simple oposición a la Iglesia y amenazaban la base de la sociedad medieval.

Cabe definir la herejía como «opinión o doctrina teológica que se sostiene contra la doctrina "católica" u ortodoxa de la Iglesia católica». (Oxford English Dictionary. La piedra de toque de Tertuliano en *De praescriptione haereticorum*, una de las primeras obras cristianas sobre las herejías (hacia el 200 d. de C.), era si el origen de una nueva doctrina podía localizarse en los Apóstoles).

En cierto sentido, pues, sólo podía nacer cuando existía un conjunto de doctrina ortodoxa: a finales del siglo XII no existía tal conjunto y, por ende, tampoco había leyes contra la herejía. Transcurrió un siglo entero antes de que santo Tomás de Aquino —cuyos escritos aún sostienen la base de la doctrina católica en nuestros días— pudiera decir de la herejía que era «un pecado que merece, no sólo la excomunión, sino también la muerte». Antes de santo Tomás de Aquino la definición que acabamos de dar hubiera sido imposible, y la *Summa contra gentes* y la *Summa Teológica* son el fruto de la respuesta de la Iglesia a este brote de herejías tanto como lo es la propia Inquisición.

El incremento de las herejías guardaba proporción directa con el aumento del poder de la Iglesia, que alcanzó su cénit durante el pontificado de Inocencio III (1198-1216), el primero y más importante de la gran serie de «papas legisladores» que dominaron el siglo XIII. Pero el renacimiento del Derecho romano que caracterizó a la reconquista parcial del poder de Roma, además de proporcionar la base jurídica para el nuevo poder del papado, entrañó también el resurgir de su antítesis: las creencias paganas y la oposición a la ortodoxia. Se ha argüido que la verdadera causa de semejante proliferación de movimientos heréticos no fue la diferencia doctrinal, sino la protesta contra una Iglesia secularizada.

El concepto moderno del poder papal y del control universal de la Iglesia no comenzó a aparecer hasta la década de los años 1140 a 1150. Poco a poco, el papado fue convirtiéndose en una burocracia centralizada y legisladora cuyo poder alcanzaba todas las esferas de la vida cotidiana de los seres humanos: «... daba a los laicos una disciplina que era clara pero no onerosa; marcaba reglas y condiciones para la totalidad de las principales ocasiones y facetas de la vida cristiana: el bautismo, la confirmación, la confesión, la comunión, la penitencia, el matrimonio, la enseñanza y los deberes religiosos, las limosnas, la usura, las últimas voluntades y los testamentos, los últimos ritos, el entierro, los cementerios, las plegarias y las misas para los difuntos. Con parecida claridad y contundencia se ocupaba de todos los aspectos de la vida religiosa: la indumentaria, la educación, la ordenación, las obligaciones, las categorías, los delitos y los castigos». Este pasaje da cierta idea de la secularización opresiva que provocó fuertes reacciones y empujó al pueblo a buscar la protección de señores laicos como Federico II de Suabia en vez del papa.

El punto culminante de este proceso se registró durante el pontificado de Inocencio III, si bien incluso en el seno de la Iglesia, san Bernardo de Clairvaux (1090-1153) ya había reconocido los peligros de la burocratización legalista y la correspondiente alienación del papado respecto de su función espiritual. Es natural que este grado de control y vigilancia pareciera asfixiante para algunos y crease resistencia; es igualmente natural que esta maquinaria legalista se concentrara, tarde o temprano, en el problema de la herejía, tal como lo percibía la Iglesia.

En 1200, dos años después de que Inocencio fuera elegido papa, existían dos tradiciones heréticas principales, las cuales serían, blanco de la Inquisición durante la primera fase de su

existencia. La primera, a la vez que la más peligrosa desde el punto de vista de la Iglesia, era el dualismo de los cataros; la segunda, que la Inquisición nunca logró exterminar y que perdura en nuestros días, era la de los valdenses u «hombres pobres de Lyon».

Los cataros

En cierto sentido, a los cataros no se les puede considerar como herejes cristianos, ya que negaban el principio fundamental del cristianismo: no creían en un Dios único, sino en un Dios bueno que había creado el mundo inmaterial y un Dios malo, creador del mundo material. Así pues, pertenecían a la tradición dualista que, básicamente, derivaba del dualismo de Zoroastro y de las sectas gnósticas de los primeros tiempos del cristianismo. Quizá fuera este hecho —la amenaza de una alternativa cultural genuina y poseedora de un linaje antiguo— lo que atemorizó a los papas y dio origen a su violenta reacción contra los cataros.

El dualismo representa uno de los grandes retos de las religiones monoteístas: el problema del mal. John Hick ha planteado el dilema en los términos siguientes:

Si Dios es completamente bondadoso, deseará por fuerza evitar, el mal; y si es todopoderoso, sin duda podrá abolir el mal. Pero el mal existe; por lo tanto, Dios no puede ser a la vez omnipotente y completamente bondadoso.

Esta formulación hace pensar en el tipo de preguntas que Moneta, el inquisidor italiano del siglo xiii, pone en boca de los herejes en su *Adversus Catharos et Valdenses*: «¿Cómo puede ser creación de Dios el fuego que quema las casas de los pobres y de los hombres santos? ¿Cómo puede ser bueno el Dios que manda sufrimientos a los hombres buenos?»." Aunque los teólogos, sobre todo san Agustín, habían tratado de resolver este dilema a satisfacción de los fieles, el antiguo prejuicio, en el sentido de que la materia es mala, persistió y fue el impulso fundamental de los movimientos que abogaban por la pobreza que florecieron en los siglos XII y XIII. Es fácil comprender por qué la sencillez de la doctrina catara y el comportamiento manifiestamente incorrupto de los perfecti o sacerdotes iniciados consiguieron atraer a hombres y mujeres atormentados por semejantes dudas y asqueados de la riqueza y el poder de la Iglesia.

Al parecer, a principios del siglo XIII los cataros de Francia e Italia ya estaban organizados en diócesis, cada una de ellas con un obispo auxiliado por un filius maior, un filius minor y un diácono. El obispo presidía su congregación de perfecti y creyentes no iniciados en evidente oposición a la organización diocesana de la Iglesia. La doctrina y los ritos de los cataros se basan en cinco ceremonias básicas: la salutatio, que consistía en un abrazo y un beso cuando un creyente se encontraba con un perfectas; el melioramentum, en la que un creyente rendía homenaje a un perfectas y le pedía que intercediera para conseguir el perdón de Dios; el apparellamentum, que era una confesión mensual en presencia de otros creyentes; el consolamentum o ceremonia de iniciación para los perfecti (celebrada tras un año de prueba y reservada a sólo unos pocos miembros de la «iglesia» catara); y la endura, controvertido rito suicida que solía celebrarse en el momento de la muerte por enfermedad. (La información sobre doctrinas procede del Manuel de l'inquisiteur de Bernardo Gui, quinta parte, y del estudio del ritual cátaro en Manselli, *L'eresia del mate*, pp. 231-241. Véanse también el «Vocabulaire Occitan du Catharisme» en Nelli, *La philosophie du Catharisme*, pp. 191-199, y Douais, *Les Albigeois*, pp. 224-265). El rito fundamental de muchas de estas ceremonias era la recitación del padrenuestro ante el pan, que luego se distribuía entre los creyentes. Parece que sólo los perfecti, que formaban un pequeño grupo dentro de la «iglesia» catara, seguían sus doctrinas en el sentido más completo; sin duda había que tener una fuerza de voluntad y un valor enormes para llevar a cabo la labor misionera y de predicación en sus condiciones de vida.

Los perfecti alcanzaban la vida eterna por medio de tres «sellos»: el signaculum oris, que entrañaba la abstinencia total de alimentos impuros: carne, huevos, leche y queso; el signaculum manus, que prohibía dar muerte a cualquier cosa viva; y el signaculum sinus, que prohibía todas las formas de relación sexual. Se pensaba que estos «sellos» asistían al espíritu en su lucha contra la materia, y eran complementados con tres ayunos semanales a pan y agua, a los que se añadían tres ayunos anuales de cuarenta días cada uno. El perfectus representaba a Dios en la tierra y era el único elemento de luz en la lucha contra Satanás; por consiguiente, su vida era un espejo y un modelo para los creyentes y simbolizaba la vida de Dios. Todo esto, explica Manselli, «justifica la veneración de que eran rodeados los perfecti, y el cuidado con que se les atendía, guardaba y protegía». Se comprende, en vista de todo ello, que estos perfecti, que recorrían en parejas las principales rutas de la Europa occidental, atrajeran al pueblo al mismo tiempo que irritaban a la Iglesia.

Pero el catarismo también representaba una amenaza política para los papas, una amenaza potencialmente devastadora. En su búsqueda de la perfección espiritual los cataros se vieron inducidos a rechazar el cristianismo ortodoxo porque, según ellos, concedía demasiado valor a la carne y demasiado poco poder al espíritu. Argüían que la Iglesia había hecho una componenda con el diablo; como escribe John Passmore, la Iglesia «había sucumbido a las tentaciones de la riqueza y el poder mundanal; no había insistido lo suficiente en el celibato como requisito previo para la salvación». Aparte de la evidente amenaza espiritual que representaban los perfecti, la Iglesia también temía las penetrantes críticas que los cataros lanzaban contra la acumulación de riqueza y de poder terrenal.

En la actualidad, se acepta de modo general que los cataros eran una rama occidental de los bogomilas, y ha quedado ampliamente demostrado que éstos enviaron misioneros a Occidente con la misión específica de convertir a los cristianos europeos a sus propias doctrinas dualistas.¹⁶ Bogomila, sacerdote de la época del zar Pedro (927-969), había sido portavoz de los campesinos contra la opresión del zar, y su iglesia dualista se había extendido rápidamente por toda la Europa oriental. La Gesta Francorum sugiere que cruzados procedentes de la Italia meridional fueron convertidos por los bogomilas en Macedonia,¹⁷ y Anselmo de Alejandría llegó a la conclusión de que los bogomilas de Constantinopla habían convertido a algunos cruzados franceses y que luego éstos, al volver a casa, habían diseminado la herejía.¹⁸ Es evidente que ésta aparece en regiones donde se habían reclutado hombres para la segunda cruzada — Flandes, la Champaña, Loira, Renania— y que el rápido crecimiento del catarismo en la Europa occidental coincide con la fecha del regreso de dicha cruzada.

En las postrimerías del siglo XII la mayor concentración de cataros en la Europa occidental se hallaba en el sudoeste de Francia, en la región de Toulouse, Agen y Albi, población, esta última, a la que deben su nombre los cataros franceses.* Fueron los albigenses quienes provocaron la violenta reacción de Inocencio III, que llevaría irrevocablemente a la creación del Santo Oficio.

Los valdenses

Los valdenses eran una secta de fundamentalistas cristianos a los que en un principio se conoció por el nombre de «hombres pobres de Lyon», aunque más adelante adoptaron el nombre de su fundador, Pedro de Valdo (o Valdés). A menudo se les ha calificado de representantes de una especie de cristianismo evangélico, que precedió a la Reforma protestante. Una de las razones del gran éxito que tuvieron fue que empleaban una traducción de los Evangelios al

francés, obra del propio De Valdo, que constituía la base de su enseñanza.¹⁹ Condenaban explícitamente y combatían la corrupción y las acreciones adquiridas por la Iglesia durante los siglos transcurridos desde su fundación, y abogaban por la vuelta a una forma simplificada de culto, que rechazaba la autoridad del sacerdocio, además de elementos del culto ortodoxo tales como el bautismo de los recién nacidos, la veneración de santos y mártires y la necesidad de celebrar el culto en edificios enormes y costosos. Recientemente se ha escrito que era un «movimiento con pretensiones reformistas que se vio arrastrado hacia la herejía por las deficiencias de la autoridad eclesiástica».

* (Christine Thouzellier ha demostrado en una exposición detallada que «albigenses» es un nombre impropio, «que entraña un juicio de valor» y confiere un matiz peyorativo a una población que era leal tanto al obispo como al rey. Toulouse era el verdadero centro, maier haeresis, de esta forma de catarismo (véase *Hérésie e hérétiques*, pp. 223-262)).

* Manselli señala que Fierre de Vaux-Cernay, escritor contemporáneo hacía una distinción cuidadosa entre los albigenses (herejes) y los albienses (habitantes de Albi) (véase *L'Eresia delmale*, p. 304 nota).

* Norman Cohn ha ilustrado el proceso posterior de «demonización» de los valdenses (*Europe's innerdemons*, pp. 32-42).

Su historia, así como la suerte del propio De Valdo, parece una ironía en vista de los acontecimientos posteriores. Pedro de Valdo fue excomulgado por Lucio III en 1184, mientras que sólo veinte años después una bula de Inocencio III, considerada como el documento fundacional de las órdenes mendicantes promulgada el 19 de noviembre de 1206, instaba al clero a imitar la pobreza de Cristo, así como su costumbre de ir predicando por los caminos, en términos muy parecidos a los que utilizara De Valdo. Al parecer, un capricho de la casualidad hizo que se condenase a De Valdo y se alentara a Francisco, pues los valden-ses no eran herejes en el mismo sentido en que lo eran los dualistas cataros. Si se autorizó la fundación de las órdenes dominicana y franciscana, fue porque la clarividencia permitió a Inocencio III percibir su valor potencial como fuerza de choque en una cruzada contra los herejes.

El hecho que dos hombres que albergaban ideas y aspiraciones parecidas fueran juzgados de maneras tan radicalmente distintas por la historia es sintomático de la gran agitación y la gran incertidumbre que reinaban a finales del siglo xn. En los manuales de la Inquisición, así como en los documentos de los procesos incoados por ella, vemos que constantemente se coloca a los valdenses en el mismo plano que los cataros, mientras que otras herejías o sectas de menor importancia aparecen asociados a ambos movimientos de modo casi fortuito; pero en realidad tenían pocas cosas en común.

En la práctica, no obstante, se les dio más libertad de movimiento que a los cataros. Se les permitió retirarse a los valles del Piamonte y a las ciudades de Apulia, en el sur de Italia, donde hoy todavía persisten. En Bohemia prepararon el camino para la posterior herejía reformista de Jan Hus, y los apologistas protestantes del siglo XVI los adoptaron como predecesores de la Reforma.

Magia, impiedad e ignorancia

La herejía era la amenaza externa, una amenaza que usurpaba el poder de Roma por medio de los misioneros bogomilas, los cruzados que volvían de Tierra Santa y la difusión de las iglesias catara y valden-se. Con todo, supersticiones muy arraigadas, la falta generalizada de fe y la ignorancia, tanto del clero como del laicado, también contribuyeron a la crisis de la Iglesia de Roma en las postrimerías del siglo XII, y dieron origen a varios intentos de reforma, que

cristalizaron en los cánones del cuarto Concilio de Letrán en 1215.

Keith Thomas ha señalado la importancia fundamental que la magia tenía en la Iglesia medieval, y cómo ésta se encontró con la tradición de que «obrar milagros era el medio más eficaz de demostrar su monopolio de la verdad». Los santos patronos de las diversas localidades, con sus fuertes asociaciones territoriales, dieron al culto a los santos un carácter casi totémico, pero «el culto a los santos en general dependía de la creencia de que los hombres y las mujeres santos del pasado no se habían limitado a ser ejemplos de un código ideal de conducta moral, sino que todavía podían emplear su poder sobrenatural para mitigar las adversidades de sus seguidores en la tierra».22 Rituales y fórmulas de bendición recurrían al exorcismo y a ceremonias en las que intervenían la aspersion de agua, talismanes y reliquias para proteger casas y tierras, o para aliviar las penalidades de la vida cotidiana.

Los sacramentos eran esenciales en esta utilización mágica de la fe cristiana. Se creía que la hostia se transformaba literalmente en carne y sangre, y que quienes se la llevaban de la iglesia poseían poderes mágicos. Henry Lea cita el caso de un judío de Segovia que aceptó una hostia del sacristán de San Fagún como garantía de un préstamo, con lo que da testimonio de la significación y el valor mágicos de la hostia.23 Richard Kieckhefer da el ejemplo de una mujer que besó a su marido con una hostia metida en la boca, «para conquistar su amor».24 Era común la creencia de que la persona que poseía una hostia no podía morir ahogada. Ceremonias importantes como el bautismo y la confirmación se celebraban con el convencimiento de que conferían mayor poder; Thomas cita el caso de una mujer de Norfolk que había sido confirmada siete veces porque le aliviaba el reumatismo.2 La asimilación de fiestas y tradiciones paganas por parte de la Iglesia trajo consigo creencias también paganas que todavía se conservaban. Thomas cita el ejemplo, que hará las veces de paralelo, de la tribu Ceura de Zambia y Malawi, que perciben la conversión al cristianismo como otro medio de tener éxito material.

En el siglo XII, durante el cual muchos cristianos sólo oían un sermón cuando su obispo tenía a bien visitar su región, esta zona fronteriza entre la magia y la religión —entre la influencia persistente de las supersticiones locales y el poder central de la Iglesia— debía de ser muy difícil de distinguir con claridad. Aunque la Iglesia no garantizaba explícitamente la intercesión en el caso de producirse un desastre natural, del mismo modo que un hechicero quizá procura garantizar la curación, no hay duda de que, en el pensamiento de los fieles semianalfabetos, el poder tácito de la Iglesia quedó asociado a los poderes del hechicero. Asimismo, abundan las pruebas de que muchas personas de la Edad Media consideraban al propio Cristo como una especie de hechicero.

* Semejante creencia la corrobora el pasaje en Lucas 11.15 que dice: «Pero algunos de ellos dijeron: Por el poder de Beelzebul, príncipe de los demonios, expulsa éste los demonios». Arnobio de Sicca, maestro de Lactancio, afirma que los gentiles consideraban a Cristo como un mago (Adversas naciones, Libro 1). El cristianismo es, en verdad, «una religión que se basa en hechos milagrosos y es autenticada por los mismos» (Anglo, Evident authority and authoritative evidence, p. 9).

Sería un error imaginar que la totalidad de Europa occidental en la Edad Media creía de manera uniforme en una sola fe y en una sola doctrina; lo que suele presentarse como una época de fe se hallaba impregnado de impiedad. Alexander Murray ha analizado los sermones de los frailes mendicantes que predicaban por toda Italia durante el siglo XIII y ha llegado a la conclusión —sorprendente a primera vista— de que «sectores considerables de la sociedad del siglo XIII apenas si iban a la iglesia». Incluso el clero, según Humbertus de Romanis, «apenas viene a la iglesia». De modo parecido, cuando el bienaventurado Giordano de Rivalto,

predicador dominico, sugirió a una mujer que llevara a su hija a la iglesia al menos en las fiestas de guardar, ella le contestó: «No es la costumbre».

Reforzaban esta impiedad extendida las frecuentes afirmaciones de dudas religiosas. La idea moderna de que en las postrimerías de la Edad Media no existían tales dudas —de que todos los hombres creían en los principios básicos de la fe cristiana— no resiste un examen atento. Desde los tiempos de Pedro Abelardo (1079-1142), que en su Dialéctica había considerado el problema de la verdad a partir de la relación entre la fe y la razón, una corriente soterrada de racionalismo venía desarrollándose en el pensamiento occidental. En un nivel intelectual inferior eran frecuentes las manifestaciones de actitudes «inspiradas en gran parte por el respeto a las necesidades de la razón y del sentido común»; ese respeto se basaba en «una conciencia del valor de la personalidad humana, y en una búsqueda de coherencia que pudiera proporcionar un vínculo firme entre las obligaciones de la fe religiosa y el comportamiento práctico del hombre».

Conceptos tales como el Nacimiento y la Resurrección de Jesucristo causaban tantos problemas y dudas entonces como en épocas posteriores, especialmente a campesinos cuya existencia se basaba en los hechos tangibles de la vida diaria y un empirismo práctico que produjo una visión fundamentalmente escéptica del mundo. Semejantes conceptos sólo podían entenderse en términos de fenómenos sobrenaturales o mágicos. Diríase que, si bien la Iglesia presidía la vida externa de todos los hombres por medio de los sacramentos, en un nivel más profundo su influencia era mucho menor de lo que suele creerse.

Obviamente, esta presencia de la magia, la impiedad y la ignorancia era un obstáculo serio para el fortalecimiento de la posición de la Iglesia y creaba las condiciones ideales para que floreciese la herejía. Fue con la triple intención de reformar la Iglesia, reconquistar la ciudad santa de Jerusalén y suprimir la herejía, que Inocencio III convocó el cuarto Concilio de Letrán en 1215. Como veremos más adelante, de este Concilio salieron, no sólo el dogma ortodoxo que todavía forma la base de la doctrina católica, sino también los mecanismos que pronto llevarían a instaurar la Inquisición. Una vez hubo un dogma definido claramente, pudo crearse una especie de cuerpo de policía que lo sostuviese.

Hacia la Inquisición

Se ha sugerido que el abandono de la reacia tolerancia a la herejía y el comienzo de su persecución ocurrieron entre los años 1163 y 1184, aunque un elemento importante, en lo que se refiere a configurar el pensamiento futuro, fue san Agustín, «cuya actitud cambió de la tolerancia a la defensa de una "persecución legítima", llevada a cabo con la asistencia secular». Todavía en 1162 el papa Alejandro se negó a sentenciar a algunos cataros que el arzobispo de Reims hizo comparecer ante él, puesto que «era mejor perdonar a los culpables que quitarles la vida a los inocentes».

Se había intentado, con escaso entusiasmo, poner coto a la creciente oleada de herejías, pero la primera señal de que se estaba preparando una política oficial fue la bula *Ad abolendam*, que el papa Lucio III promulgó en 1184; en ella se ordenaba a los obispos «hacer inquisición» en busca de herejías. Se la ha calificado de primer intento de hacer frente a la herejía «desde un punto de vista supranacional». Pero los obispos estaban muy ocupados, raramente disponían de tiempo para visitar sus diócesis y, por lo tanto, no podían desempeñar esta función de modo satisfactorio, así que esta «inquisición episcopal» resultó de una ineficacia casi total. Fue con el comienzo del pontificado de Inocencio III, en el año 1198, que se concibió una política coordinada.

Inocencio III (1160-1216; papa de 1198 a 1216) llegó a la Santa Sede con unas dotes intelectuales excepcionales y una espiritualidad extrema, que ya había expresado en su libro *De Contempla Mundi*, donde el desprecio del mundo iba dirigido contra los pecados de orgullo y sensualidad. Parecen injustas las acusaciones de severidad que posteriormente se lanzaron contra el hombre que fue capaz de escribir el siguiente consejo destinado al arzobispo de Narbona: «El cirujano prudente, para curar una herida grave, usa primero medicamentos amargos, pero una vez la persona enferma alcanza el momento de la convalecencia, completa la cura con la ayuda de ungüentos dulces». Esta actitud ante la resolución del problema de la herejía en la diócesis narbonense debe tenerse presente al formular juicios contrarios al progenitor de la Inquisición; sin embargo, el cuidado y la angustia de los primeros años de su pontificado, que se hacen evidentes en su copiosa correspondencia, deben contraponerse a la más notoria —por tristes razones— cruzada contra los albigenses. Esta contradicción aparente se vio condicionada por el hecho de que cuando Inocencio aceptó la tiara pontificia tuvo que hacer frente en seguida a dos de las mayores amenazas que hayan pesado jamás sobre el papado.

Las dos amenazas engendraron miedo: la primera era el peligro inminente que representaba el avance del Islam, en especial después de la caída de Jerusalén en 1187 y la muerte del sacro emperador romano Enrique IV el año anterior a la elección de Inocencio; la segunda amenaza eran las herejías, sobre todo los cataros del sur de Francia, pero también los poderes proféticos de Joaquín de Fiore (muerto en 1202), que a la sazón se hallaba en su mejor momento. La reforma de la Iglesia y la liberación de Tierra Santa fueron los dos objetivos principales de la política de Inocencio durante todo su pontificado. Ya en el año de su elección pidió que se ejecutara a los herejes reincidentes cuando la excomunión resultase ineficaz. También propuso que se empleasen armas tales como el exilio, la confiscación y la expulsión de los cargos oficiales para combatir a los herejes; estas medidas formarían parte permanente del repertorio de castigos de la Inquisición, pero, en general, de momento Inocencio no fue más allá de la bula que Lucio III promulgara en 1184. En su calidad de «principal abogado del ideal teocrático», sus esfuerzos fueron dirigidos sobre todo hacia la consolidación y el incremento del poder pontificio.

Sin embargo, en medio de una constante actividad jurídica y diplomática, tuvieron lugar dos acontecimientos que darían forma a la lucha futura contra la herejía: la fundación de las órdenes mendicantes y la cruzada contra los albigenses.

Ya en 1204 Inocencio III había invitado a los cistercienses a abandonar sus claustros para dedicarse a predicar contra las herejías. Algunos de ellos se fueron a predicar contra los perfecti cataros en la provincia de Narbona, pero era evidente que no estaban preparados para llevar a cabo esta tarea; habían dedicado sus vidas a la plegaria, a la meditación y a los arduos trabajos físicos que exigía la construcción de monasterios en las zonas fronterizas de la Europa cristiana.

El destino se encargó de sugerir un modelo más apropiado: cerca de Toulouse se encontraban Diego, obispo de Osma, y su compañero Domingo de Guzmán, que ya había tenido cierto éxito predicando contra los cataros cuando volvía a España desde Dinamarca. Se decía que en 1203 había convertido a un posadero de Toulouse tras debatir con él toda una noche. Luego, tres años después, cuando estaba visitando Citeaux y Montpellier, Domingo se encontró con los delegados de Inocencio que intentaban convertir a algunos cataros y sugirió la «predicación pobre» como medio de contrarrestar el aura de espiritualidad que rodeaba a los perfecti. La bula del 17 de noviembre de 1206, donde el papa hablaba de la necesidad de imitar la pobreza del Cristo e «ir humildemente en busca de herejes y sacarles de su error», se considera como el documento fundacional de las órdenes mendicantes. Así, la función esencial de Domingo y sus primeros seguidores fue predicar contra la herejía; pero, como ha señalado Maisonneuve,

«predicar tiende de modo natural a la inquisición».

* Por ejemplo, fueron afirmados de nuevo en la bula del 12 de abril de 1213, que convocaba a los obispos al IV Concilio de Letrán.

En 1210 el mismo papa dio permiso verbal a Francisco Bernadone de Asís (1181/1182-1226) para fundar una orden de predicadores; pero sólo debía predicar sobre asuntos relacionados con la moral y no tenía ninguna regla precisa, mientras que los métodos de Domingo de Guzmán los había sancionado Inocencio tres años antes. Así fue cómo la Iglesia abrazó la enseñanza en nombre del «Cristo pobre», dando su aprobación a Domingo y a Francisco al mismo tiempo que acusaba de herejes a hombres cuyas creencias eran parecidas. Las dos órdenes tendrían un papel fundamental en la erradicación del catarismo durante la segunda mitad del siglo xm, en calidad tanto de predicadores como de inquisidores.

De momento se pensó en una solución más rápida y de carácter militar, la cual dio origen a uno de los episodios más extraños de la historia de la Iglesia. La idea de usar la fuerza contra los herejes ya se había planteado cuando en 1207 Inocencio invitó a Felipe Augusto de Francia a proceder contra los albigenses; ofreciendo las mismas indulgencias que se otorgaban a los cruzados que viajaban a Tierra Santa —el perdón de los pecados pasados y la palma del martirio en el caso de morir en el campo de batalla—, el papa había aplicado de hecho la idea de una cruzada a la situación del Languedoc. Pero la chispa que encendió la cruzada contra los albigenses fue el asesinato, en enero de 1208, de Fierre de Castelnau, monje cisterciense y legado del papa; puede que el motivo de la violenta reacción de Inocencio III esté en la afirmación de Manselli, de que Pedro era algo más que un simple legado: era «un alter ego del papa y, como él, merecedor de la consideración y el respeto máximos».

Grandes señores seculares como el duque de Borgoña, el conde de Nevers y el conde de Saint-Pol vieron que se les ofrecía una oportunidad única de obtener los beneficios materiales y espirituales de una cruzada sin necesidad de emprender un viaje azaroso que, además, exigía mucho tiempo. También sabían que iban a atacar a «una sociedad que se encontraba en una fase avanzada de desintegración y que todavía se aferraba a la envoltura de una civilización que prácticamente había desaparecido». El Languedoc estaba defendido por tropas mayoritariamente mercenarias, que no tenían ninguna posibilidad de vencer a los ejércitos del norte, que eran más poderosos; asimismo, la falta de coordinación y de un objetivo común entre Ramón, vizconde de Béziers, y Ramón VI de Toulouse contribuyó a las victorias fáciles que obtuvieron Borgoña, Nevers y Saint-Pol.

En Béziers, siete mil personas fueron pasadas a cuchillo y la catedral fue destruida; la victoria dio a los atacantes una ventaja psicológica que duraría el resto de la campaña. No obstante, lo que tenía que ser una expedición de castigo que iba a durar cuarenta días se prolongó veinte años y puso el sello de aprobación a la violencia posterior. Hablando rigurosamente, la «cruzada» terminó en 1209, cuando los tres grandes señores dejaron el campo libre a Simón de Montfort, pero sigue siendo difícil ver en la ferocidad de ese año algo compatible con el concepto de las cruzadas como acto de amor, como acción basada en una profunda caridad cristiana.

Lo que quizá sea aún peor es que la cruzada contra los albigenses dispersó todavía más a los cataros por toda Europa, empujándoles a internarse en Bohemia, Polonia y, sobre todo, hacia el sur, en el norte y el centro de Italia, donde representaban una amenaza más directa para el poder del clero en muchas ciudades importantes. Irónicamente, tal vez, la cruzada hizo que la labor de las órdenes mendicantes resultase más difícil y creó la necesidad de una organización más

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

